CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

CLAVES DE UNA ESPIRITUALIDAD CATÓLICA

"*Claves de una espiritualidad católica*" este es el título de la reflexión. Yo voy a empezar mostrando mis cartas desde el principio, no voy a esperar al final y os voy a compartir ahora ya la conclusión final a la que quiero llegar con esta reflexión, por si alguno tiene prisa y puede marcharse. Entonces lo que quiero presentaros es una conclusión: "En tiempos recios, amigos fuertes de Dios".

Esa es una frase de Santa Teresa de Jesús: "En tiempos recios, amigos fuertes de Dios". Es una cita que está en el capítulo 15 del "*Libro de la Vida*", de la autobiografía de Santa Teresa. Es una cita maravillosa. Esta frase "en tiempos recios, amigos fuertes de Dios" es una frase increíble. También Santa Teresa vivió tiempos recios, muy fuertes, muy duros. Y le tocó ver lo que fue la fractura de la Iglesia, Lutero, la ruptura de la unidad del catolicismo en Europa. ¡Madre mía, menuda herida esa, menuda herida! Ella veía cómo se resquebrajaba la unidad de la Iglesia, cómo nacían los protestantes, cómo ocupaban una parte. Menudo disgusto, era tan fuerte para ella. En "*Camino de Perfección*", en el primer capítulo, cuando se dirige a sus hijas, a las Carmelitas, les dice: "Estáse el mundo ardiendo, quieren tornar a sentenciar a Jesucristo, quieren poner a su Iglesia por el suelo, ¿y vamos a gastar nosotras el tiempo en cosas de poca importancia? No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca monta". Fíate, es una expresión: "Estáse el mundo ardiendo, quieren volver a crucificar a Cristo, quieren destrozar a su Iglesia, ¿y nosotros vamos a estar aquí con tonterías? que si tengo un problemilla, otro problemilla...mira, vamos a ir a lo importante en esta vida." Ella, cuando ve que hay grandes problemas, dice:" dejémonos de tonterías y centrémonos en lo esencial". Entonces ella dice: "hijas", dice a sus Carmelitas, "que lo que tiene que ocupar el centro de nuestro corazón es los grandes problemas del mundo, el hecho de que el mundo se aparte de Dios, eso tiene que ocupar nuestro corazón, no otras tonterías que nos están ocupando la cabeza, el corazón, que son cuestiones banales ". Entonces ella vivió tiempos recios y también nosotros vivimos tiempos recios.

Ahora bien, ante una crisis se puede reaccionar de tres maneras. La primera es dejándote contagiar por la crisis, eso es perfectamente posible. Pasa a multitud de personas que en esta crisis su forma de participar de la crisis es formar parte del contagio, asumir la mentalidad mundana: primero es dejarte contagiar de la crisis. También es posible que uno tenga una actitud crítica hacia la crisis: "qué mal estamos, esto está fatal", pero claro, su actitud es de queja, pero se consumen todas sus energías en criticar "qué mal estamos" y ahí termina sus esfuerzos. Y en tercer lugar, la tercera actitud ante una crisis es descubrir, en esa crisis, una llamada de Dios a salir de la mediocridad, a que demos una respuesta de autenticidad, a redescubrir nuestra identidad; es decir, a superar la crisis por elevación. Esta obviamente es la correcta, esta es la actitud correcta, darnos cuenta de que toda crisis es una oportunidad de

llamarnos a la santidad. Por eso dice Santa Teresa de Jesús: "En tiempos recios, amigos fuertes de Dios". Esto es importante porque es verdad que estamos en crisis, pero lo que nos tiene que preocupar es cómo reaccionamos ante ella. Hay una cita de San Agustín que yo suelo referir con frecuencia que dice: "De dos maneras ataca el mundo a los seguidores de Cristo: los halaga para seducirlos o los atemoriza para doblegarlos". Si no consigue lo primero, va por lo segundo: o los halaga para seducirlos, si no lo consigue los atemoriza para doblegarlos. Muchísimas personas acaban siendo de alguna manera seducidas por la crisis de este mundo. Los que no son seducidos, entonces el mundo va a por ellos, los persigue, y hay una persecución de todo aquel que no se somete a esta secularización y a este pensamiento dominante. Entonces "en tiempos recios, amigos fuertes de Dios".

Es obvio que también a nosotros nos ha tocado vivir una crisis muy fuerte en la historia, en la historia de la Iglesia, en la historia de España. España fue un país que se conformó su unidad en una Reconquista, en torno a una fe, una Reconquista frente a la invasión de los musulmanes. Entonces la unidad de España está forjada en torno a una fe que unió a los pueblos en una Reconquista. Ahora hemos ido perdiendo la fe, España se ha secularizado y entonces nos desmembramos porque lo que verdaderamente había forjado la unidad en la historia era una fe que nos había vertebrado. Hemos perdido esa fe y ahora cada uno va por su cuenta, es como que cuando un cuerpo se queda sin alma se deshace. Estamos siendo testigos de la crisis de España y de una crisis fuerte en la vida de la Iglesia y de una gran secularización: descenso de vocaciones, de matrimonios, de bautismos, cierre de monasterios.

Es muy duro este avance que parece inexorable de la de la secularización, pero también al mismo tiempo estamos siendo testigos de cómo el Espíritu Santo, que es creador y creativo, no se queda con los brazos cruzados, sino que suscita conversiones aquí y allá, va suscitando conversiones. De forma que es como si en la puerta de la Iglesia se chocasen los que salen y los que entran; unos se secularizan y se van alejando, y hay conversiones por aquí y por allá, de retornos y de descubrimiento. Pero hay una diferencia que es que los que salen, los que son arrastrados por la secularización, lo hacen bajo una especie de resaca social, mientras que los que descubren a Dios, los que retornan a la Iglesia, lo hacen como un encuentro personal. Los que se alejan no es por una decisión personal consciente y madurada, sino que son arrastrados por un influjo social; casi sin darse cuenta están siendo arrastrados. Los que, sin embargo, tienen una conversión y retornan, tienen un encuentro personal, libre y consciente. Es una diferencia importante entre una cosa y la otra. Todo apunta a que el futuro, el futuro de la Iglesia, como decía Benedicto XVI, va a estar conformado por comunidades más pequeñas pero quizás con una autenticidad más grande y muy conscientes de su resistencia frente al influjo de este mundo.

Entonces, en medio de la crisis, tenemos que volver, hay una llamada a volver a lo esencial. ¿Cómo se sale de una crisis? Volviendo a lo esencial, al ABC de nuestra vida. La Iglesia siempre se ha salvado reformándose. Pero ojo, vamos a entender qué significa la palabra reforma porque aquí el lenguaje puede jugarnos una mala pasada. Cuando se dice que la iglesia tiene que reformarse, cuando la iglesia ha salido de todas las crisis reformándose, la reforma tiene dos sentidos diferentes. Un sentido de la palabra reforma es secularizarse, tender, asumir el pensamiento del mundo: "La Iglesia tiene que reformarse y tiene que empezar a pensar como piensa el mundo". Eso es una acepción de la palabra reformarse que no tiene nada que ver con lo que nosotros

entendemos por la reforma de la Iglesia; eso es la mundanización de la Iglesia: “la Iglesia tiene que reformarse, tiene que modernizarse", es decir "tiene que pensar como piensa el mundo". Pero para eso no necesitamos a la Iglesia, ya tenemos al mundo, no hace falta una mala copia del mundo, ya tenemos la copia primera. ¿Qué es lo que entiende la Iglesia por reforma? Por reforma supone volver a la radicalidad evangélica, eso es la reforma: volver a la radicalidad evangélica. Porque con el paso del tiempo se nos va pegando el polvo del camino, nos vamos aburguesando y vamos perdiendo la atención y el deseo de santidad. Y entonces uno tiene que volver a reformarse, es decir, volver a escuchar la llamada primera a la conversión.

¿Qué entendió Santa Teresa de Jesús por reformarse? Porque ella hizo la reforma del Carmelo. Santa Teresa lo que hizo fue descalzarse: "Estamos demasiado cómodas, vamos a ser más pobres, quita esto, quita esto también, mayor pobreza, mayor sacrificio, mayor austeridad y nos descalzos". O sea, eso es la reforma. Y lo que el mundo entiende por reforma es: "pon aire acondicionado, venga, una moqueta, una neverita, cada uno a su celda". Un momento, estamos utilizando la misma palabra para decir dos cosas bien distintas. Santa Teresa por reforma lo que entendió es desprenderse de todo lo superfluo, ser más pobre, ser más austero, ser más sacrificado, ser mas orante, eso es reforma. Tengamos muy claro una cosa: la secularización de la Iglesia es causa de la crisis que estamos viviendo, no es su solución. Algunos piensan, como en el sínodo alemán famoso, que nuestra crisis se solucionaría si nos secularizamos y pensasemos como el mundo; no, eso es el problema, no es la solución. Nuestra secularización es el problema, no es la solución para salir del problema.

Un texto que me parece importantísimo, luminoso es Romanos 12, 1-2: "Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. Este es vuestro culto razonable. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto". Es decir, dice: no te amoldes a este mundo, no te conformes a este mundo, tú atrévete a ser distinto por la renovación de la mente, teniendo a Cristo Jesús como tu modelo. Esta es la llamada a lo esencial, a volver a lo esencial. Volver a lo esencial es subrayar una perspectiva teologal, o sea, subrayar la propuesta teologal. ¿Qué es la propuesta teologal? es el esquema de fe, esperanza, caridad, el ABC de nuestra vida es: fe, esperanza, caridad. Ese es el ABC. Tú quieres volver a lo esencial: fe, esperanza, caridad, ese es el ABC de las bases del cristianismo. Las tres virtudes teologales no son aislables la una de la otra, no son independizables, están entrelazadas, se iluminan mutuamente, son un triángulo. Son un triángulo que tiene vértices distintos pero tiene un cuerpo común: la fe, esperanza y la caridad. ¿Por qué insisto en esto? Porque la herejía de nuestro tiempo quizás consiste en disociar, abordar algo olvidando lo otro, y nosotros tenemos que abordar la fe, la esperanza y la caridad de una manera conjunta.

Hoy en día hay una gran tendencia a divorciar las cosas, por ejemplo, hay una gran tendencia a divorciar la fe de la caridad. Me vais a entender enseguida. “Lo importante no es creer o no creer, lo importante es ser una buena persona”, eso lo hemos escuchado, está en la mentalidad de nuestros días. "Lo importante no es tener fe o no tener fe, lo importante es ser una buena persona, es decir, es más importante la caridad que la fe". No, mire usted, no me divorcie la fe de la caridad; las tres virtudes teologales

van en mismo pack, son un triángulo, me explico: usted de un triángulo no puede quitarle un vértice porque entonces deja de ser un triángulo. ¿Qué es eso que lo importante no es creer o no creer? el Evangelio dice: "El que cree se salvará, el que no cree se condenará". Yo leo el Evangelio y por lo visto el Evangelio que lee usted y el que leo yo deben de ser distintos, no sé. El Evangelio habla claramente de que la fe es necesaria, acoger la fe en la revelación para la salvación ¿Cómo distinguimos fe de caridad? ¿cómo contraponemos fe con caridad?

Como por ejemplo, también es muy frecuente contraponer la verdad y el amor, o la verdad y la caridad. Cuando Jesús se encuentra con aquella mujer adúltera y le dice: "Mujer, ¿nadie te ha condenado? Tampoco yo te condeno. Vete y no peques más". Ojo, nos solemos quedar con la primera parte y nos olvidamos de esta última. Jesús le dice: mujer ¿nadie te ha condenado? tampoco yo te condeno, vete tranquila que no ha pasado nada". No le dice eso; sino que le dice "vete y no peques más". Jesús conjuga la verdad y la caridad, y nosotros tendemos a disociarlas. Lo mismo pasa con la esperanza. En toda esta proliferación de libros de autoayuda que existen, algunos mejores que otros, en la mayoría de ellos se desliga la esperanza de la fe. Pero yo ¿qué esperanza puedo transmitir a una persona si no le hablo de la esperanza última, de que hay un Dios que te quiere y te ama, y hay un Dios que te ha creado y que después de esta vida hay una vida eterna? O sea, por muchos libros de autoayuda que escriba, ¿qué esperanza te puedo transmitir si no te hablo del sentido último de la vida?

Me llama la atención, en las visitas pastorales que estoy haciendo a los colegios, que las madres de familia, los padres también pero casi siempre son todas madres las que van a reuniones, pero bueno, cuando el obispo tiene un encuentro con los padres de familia suelen proponer al obispo algunos temas para hablar. Y el tema estrella que le piden al obispo para desarrollarlo ¿sabéis cuál es? a mí eso me impactó: "¿cómo ayudar a nuestros hijos a quererse?" ¡vaya pregunta!, hecha por unos padres que tienen unos niños pequeños que se dan cuenta de que hay una auténtica epidemia de no quererte a ti mismo, de despreciarte, de autolesionarte y de tener una falta de autoestima evidente. "¿Cómo ayudar a nuestros hijos a quererse?" ¡Vaya crisis! Pero es que yo a unos niños no podré darles esperanza real, les podré decir cositas bonitas, pero no les puedo dar una esperanza real si no les digo: hay un Dios que te ha creado y te ama, y tiene para ti un designio de amor, y te está invitando a una vida eterna. Si no tiene claro el ABC de la vida, de dónde vengo y a dónde voy, ¿qué esperanza le voy a dar? Es que le voy a dar un libro de autoayuda que es una técnica de autoestimulación, pero sin razones últimas para tener esperanza. Por eso la fe, la esperanza y la caridad tienen que ir unidas, es el ABC. Permitidme que desarrolle brevemente cada una de las tres.

Primero, **fe** frente al relativismo. Creemos en Dios y creemos que Dios se ha revelado. Esto es importantísimo: Dios se ha revelado, no solo Dios existe. La gran noticia no solo es que Dios existe, sino que yo existo para Dios y que Dios se ha revelado y se ha descubierto y ha venido a nosotros y nos ha mostrado el camino para llegar a Él. Es mucho más que decir que "algo habrá". Claro, "algo habrá". Tú crees en Dios, y dices: "no sé, algo habrá, una energía", eso es creer en nada. Yo creo en que Dios se ha revelado, Dios nos ha mostrado su camino y eso nos permite tener una visión sobrenatural, nos permite conocer el pensar y el sentir de Dios. Cuando tú ves las Sagradas Escrituras, estás viendo el mundo desde el corazón de Dios; eso es tener una visión sobrenatural: ver el mundo a la luz de la fe. Por eso es tan importante conocer las

Sagradas Escrituras y el Catecismo de la Iglesia Católica, que es una auténtica joya en la que está resumida toda la fe, con una presentación profusa de todos los textos de la Sagrada Escritura, con una presentación amplísima de los textos de los padres de la Iglesia. El conocimiento del Catecismo de la Iglesia Católica es la gran joya para recibir la revelación de Dios. O sea, volver a lo esencial es, la fe frente al relativismo.

Segundo lugar, la **caridad** frente a tantas heridas afectivas. Sí, detrás de la emergencia educativa, a la que tantas veces se refirió Benedicto XVI, detrás de esa emergencia educativa de la que hablan muchos de los que están en la enseñanza, hemos terminado por descubrir que se esconde una emergencia afectiva. Y es obvio que esa emergencia afectiva está en epidemia: esa falta de autoestima, ese no saberse querido, no saberse amado. Estamos atrapados por el narcisismo, no sabemos amar, estamos atrapados por la pornografía. ¡Vaya esclavitud! Estamos decepcionados por tantos episodios que han ocurrido en nuestra vida en la que nos hemos fallado los unos a otros, nos ha fallado la estabilidad de la familia. Y todo eso ha generado muchas heridas afectivas. Pues bien, en medio de esta herida tan fuerte, estamos ante una oportunidad inmejorable para anunciar el Evangelio, para anunciar la espiritualidad del corazón de Jesús: que Jesús es el amigo que nunca falla, que Jesús me quiere y me enseña a amar. Es que Jesús es el que nos muestra que el corazón no es de quien lo ha roto, sino de quien lo ha reparado. Nuestro corazón no es de quien lo rompió, nuestro corazón es de quien lo ha reparado, nuestro corazón es de Jesús. Y entonces, por la gracia de Cristo, podemos aprender a amar en medio de nuestras heridas, y podemos volver a amar como si nunca nos hubiesen herido. Se puede producir ese milagro de sanación de tantas heridas afectivas como arrastramos en esta vida. Este es un anuncio tremendo de esperanza para el mundo. Por lo tanto, volver al ABC es: primero, fe frente al relativismo, fe que acoge la revelación de Dios; segundo, caridad para sanar las heridas afectivas y para aprender a amar.

Y en tercer lugar, **Esperanza** con mayúscula, por encima de mis esperanzas con "s" y en minúscula. Yo creo que aquí tenemos que distinguir la esperanza con mayúsculas y en singular, de las esperanzas. ¿Por qué? Porque el hombre es un animal lleno de deseos, pero es que tenemos que saber distinguir qué deseos dan respuesta a la sed fundamental con la que hemos sido creados, que es el hambre y sed de Dios, y qué deseos son pan para hoy y hambre para mañana. Estamos asaltados. Es verdad que es una auténtica ciencia, es una auténtica, mejor dicho, sabiduría percatarnos cómo detrás de los deseos más inmediatos, en el fondo se esconde el deseo de Dios. Cuando uno, de una manera compulsiva, se entrega a las drogas, a la bebida, intenta buscar una plenitud que se le escapa, en el fondo, aunque él no lo sepa, está buscando a Dios, pero lo está buscando equivocadamente. El que se droga, él no lo sabe, pero está buscando a Dios. Lo decía Chesterton con una expresión que da un poco de pudor decirla, decía: "El que toca la puerta de un prostíbulo, él no lo sabe, pero está buscando a Dios". Por que en el fondo el hombre, en su vacío interior, ha cambiado la esperanza por las esperanzas. ¿Entonces dónde está la clave? la clave está entender que lo que colma nuestro corazón, lo que colma todos los deseos que tenemos en nuestro corazón, ¿sabéis qué es? La santidad. ¡Anda!, si resulta que yo quiero ser feliz y Dios quiere que yo sea santo; y el momento en que uno descubre que esas dos cosas de "yo quiero ser feliz", "Dios quiere que yo sea santo" uno piensa que son dos cosas distintas que no se encuentran, y esa es nuestra desgracia. El día que tú descubres que esas dos cosas no son dos, sino una sola "yo quiero ser feliz"¿quién dice que no está de acuerdo con esa frase? Todo el mundo diría "yo quiero ser feliz" y Dios dice: "Yo quiero que tú seas santo". El día en que descubrimos que las dos cosas se casan, es como el

día en el que el zapato de la Cenicienta ha encontrado un pie en el que encajarse: "Este zapato estaba hecho para este pie". Es que la única manera de ser feliz es ser santo, y cuando uno es santo es feliz, es que esa es la clave de todo.

Yo hace cuatro o cinco añitos escribí ese libro "*Dios te quiere feliz*" con ese convencimiento: Dios te quiere feliz y Dios te quiere santo, es lo mismo. Te lo digo por activa, por pasiva o por perifrástica, pero es lo mismo, no son cosas distintas. Y la gran esperanza es que Dios nos da la gracia para su santidad. Dios ha sembrado en nosotros un deseo de felicidad eterna y eso se consigue en el camino de la santidad, y el que comenzó en nosotros la obra buena, Él va a llevarla a término. Todo lo que pasa en nuestra vida, disgustos incluidos, caídas incluidas, retrocesos incluidos, forman parte del plan de Dios para llevarnos a la santidad, incluidas tus enfermedades, tus contrariedades, que a veces te parece que más que caminar para adelante caminas para atrás, incluido todo eso, todo forma parte del plan de Dios para llevarnos a la santidad. Y, por si acaso hubiese alguna duda, al final está el purgatorio para completarlo. Dios está empeñado en que seamos santos y lo va a lograr. Él lo quiere y si nosotros lo queremos, si nosotros no le impedimos, si no le frustramos su plan de santificación. Dios está empeñado en hacernos santos. Por eso, si yo tuviese que resumir, diré: "en tiempos recios, amigos fuertes de Dios", en tiempos de crisis, volver a lo esencial, el ABC de fe que vence al relativismo, caridad que nos enseña a amar en medio de nuestras crisis afectivas y esperanza en la santidad y esperanza en la vida eterna. Son las tres virtudes teologales claves en las que tenemos que centrarnos, en el ABC.

Bueno, y doy un paso más, porque en este camino hay falsas espiritualidades, hay distorsiones, hay deformaciones que nos pueden llevar a engaños y viene bien detectarlas y desenmascararlas. Porque es verdad, es así, uno tiene que ser consciente de que en nuestra cultura existen distorsiones que, como no tengamos capacidad crítica frente a ellas, nos van acabar desviando de este ABC de fe, esperanza y caridad. El Papa en la exhortación apostólica sobre la santidad, *Gaudete et exsultate*, en su capítulo segundo habla de dos sutiles enemigos de la santidad que son de toda la vida de Dios, pero que también hoy en día se vuelven a encarnar en formas distintas y vuelven a aparecer. Son dos sutiles enemigos de la santidad de los cuales quiero hablar, que son el pelagianismo y el gnosticismo, que pueden parecer dos términos que uno dice: "¿y eso qué es?" aunque tengan dos nombres un poco raros, están como muy detectados históricamente y tienen hoy en día unas formas muy actuales de hacerse presente. Fueron básicamente las primeras herejías de la historia de la Iglesia: el gnosticismo y el pelagianismo. Y hoy en día resulta que las nuevas herejías, en el fondo, son reediciones de las viejas herejías. Las nuevas herejías no son originales sino que tienen formas distintas, pero es muy difícil ser hereje y original porque las herejías ya están todas, ya no hay no hay plazas libres, ya todas las tonterías se han dicho, solo que se reeditan y se forjan de formas distintas pero, por eso, dice el Papa que son dos viejas herejías pero que hoy en día tienen formas nuevas de presentarse.

La primera, la del **pelagianismo** o el voluntarismo. Pelagio era un monje que vivió entre el siglo IV y V. Un monje que era muy fuerte físicamente, muy seguro de sí mismo, alguien que iba sobrado, que predicaba y tenía un optimismo muy grande, un optimismo sobre las capacidades humanas. Entonces él, en ese optimismo tan grande que tiene, entiende que el hombre tiene capacidades y fuerza para cumplir las metas si se lo propone: "Si te lo propones, tú puedes, chaval", que es lo que hoy en día decimos a los

jóvenes. Viene allí a visitar a los chavales un futbolista al que le admiran, y entonces le dice: "¿ cuál ha sido el secreto de tu triunfo?" "pues mira, yo en mi vida soñé y luego me esforcé, me esforcé y me esforcé", entonces el chaval dice: "Yo voy a ser Messi y me voy a esforzar". Le estás llevando al fracaso al chaval porque eso no es verdad. El chaval tiene que soñar en ser Messi y esforzarse, pero de esa manera se va a frustrar. Entonces esto es el voluntarismo: el pensar que la felicidad consiste en tener confianza en mis propias fuerzas, en esforzarte. Eso es una mentira. Entonces, Pelagio enfatizaba tanto en la confianza de las capacidades del hombre, que venía a decir: “no le pidas a Dios lo que tienes que hacer tú”. Decir: Señor, dame la gracia de ser generoso, ¿por qué le pides a Dios eso?, sé generoso; no le pidas a Dios eso, vago. Fíjate, así hablaba Pelagio. O decir: Señor, dame la gracia de la humildad, pero serás vago, sé humilde tú, no le pidas a Dios ser humilde. Ese era Pelagio. Pelagio entendía que es tu fuerza de voluntad la que tiene que hacer las cosas así que no seas vago, motívate. Él decía: no existe un pecado original, ¿qué eso de que existe un pecado original del que yo tengo que bautizarme porque estoy tocado por el pecado original? Todos esos son cuentos para que tú no luches con tu fuerza de voluntad. Por eso él negaba el bautismo de los niños pequeños; decía que se bauticen los mayores porque, en el fondo, bautizarse es elegir tú seguir a Jesucristo.

Pero, San Agustín, que fue el auténtico látigo de Pelagio, San Agustín le dice: "Tú has reducido la gracia de Cristo a el buen ejemplo de Jesús, pero es que Jesús, su gracia para mí, no solo es un buen ejemplo, sino que es el don que me hace posible seguir su buen ejemplo” ¿Porque yo para qué quiero un buen ejemplo si Jesús no me da la gracia de poder seguir su buen ejemplo? Jesús no solo me dio un buen ejemplo, sino que me da el don del Espíritu Santo para sanar mi pecado, para sanar mi carne enferma y poder ser humilde y poder ser generoso, porque yo con mis solas fuerzas no puedo. El hombre no puede alcanzar la meta de su vida, la madurez, con sus solas fuerzas; es mentira. No somos nada sin la gracia de Dios, eso a Pelagio hay que decírselo. Y hoy en día, vamos a ser claros, hay mucho pelagianismo, claro que hay mucho pelagianismo. Nos pensamos que el hombre marca las metas y las cumple él mismo, no somos conscientes de que nuestras capacidades humanas son limitadas; el hombre quiere hacer el bien, pero es limitado en su capacidad de hacer el bien. Dice Santo Tomás de Aquino: "El hombre tiene una capacidad de hacer ciertas cosas buenas durante un cierto tiempo, pero hacer la plenitud del bien toda su vida, eso ya le supera a la capacidad humana". Solo por la gracia de Dios podemos hacer el bien íntegramente y toda nuestra vida; eso sin la gracia de Dios no se hace.

Entonces, para poder cumplir el ABC de nuestra vida, tenemos que ser mendigos de la gracia de Dios. Sin Dios nada podemos. Que eso no quiere decir que caigamos en una pasividad, que a "Dios rogando y con el mazo dando", ya lo sabemos, pero como no ruegues no hay mazo que te dé. O sea que las dos cosas: si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas. Luego las dos cosas: tienes que esforzarte y tienes que pedir la gracia de Dios, las dos cosas tienen que estar integradas. Entonces, cuando el Papa dice que hay dos sutiles enemigos de la santidad y uno es el pelagianismo, el voluntarismo, que tiene un contexto muy distinto de Pelagio, porque si Pelagio viviese hoy en día se escandalizaría con este desmadre, pero lo que hoy acontece es una reedición de una falsa confianza en las fuerzas humanas y en no darnos cuenta de que existe un pecado original. Es que no darse cuenta de que existe un pecado original y que existe una tendencia al mal en nosotros, como no te des cuenta de eso vas mal, o sea, estás ciego, no te das cuenta de lo que ocurre. Tienes que darte cuenta de que está estamos

heridos y entonces, siendo consciente de que estamos heridos, tenemos que mendigar la gracia y recurrir a las ayudas sobrenaturales: confesión, confesarse con frecuencia por ejemplo, oración, acompañamiento espiritual. ¿Por qué? porque soy débil, porque sé que con mis solas fuerzas no puedo, o sea, porque soy consciente de mi fragilidad. Una frase del Papa que yo repito mucho: "¿Qué es la fidelidad?", responde él: "La fidelidad es la debilidad bien acompañada". Pelagio diría: "No, hombre, la fidelidad es esforzarte, desarrolla todos tus potencialidades, esfuérzate". Pero la fidelidad es la debilidad bien acompañada. Somos débiles, somos frágiles, pero si nos dejamos acompañar, si acogemos todos los medios sobrenaturales que Dios nos pone: la oración, la confesión, el acompañamiento, Dios nos da la gracia porque somos mendigos de la gracia. Yo sé que mis fuerzas son escasas, pero la gracia de Dios no me ha de faltar. Ese es el primer enemigo, el pelagianismo.

Y el segundo, **el gnosticismo**. El gnosticismo, sin duda, fue la primera herejía del cristianismo, que ya está presente en algunas cartas como las cartas de San Juan, donde ya está presente la herejía gnóstica; y ya San Juan comienza a contestar a los gnósticos. El gnosticismo venía a decir que el conocimiento de los misterios de Dios permanece oculto para la gente vulgar, solamente son los elegidos, unos pocos sabios y elegidos, los que se inician en una sabiduría que permanece inalcanzable para la mayoría. Nada que ver con el Evangelio, que Jesús dice: "Te doy gracias, Padre, que estas cosas se las has ocultado a los sabios inteligentes y se los has revelado la gente sencilla". Fíate tú si el Evangelio es antignóstico, fíjate, antignóstico. Pero en nuestros días se ha reeditado el gnosticismo con la Nueva Era.

La Nueva Era y todo este influjo es una reedición del gnosticismo. Las interpretaciones relativistas del catolicismo también lo son. Por ejemplo, hoy en día ¿qué es lo que se lleva? Espiritualidad sí, religión no; "hay que ser espirituales pero no seguir una religión". Hay que estar abierto a tener experiencias espirituales y uno va y coge un poquito del cristianismo que me gusta, del hinduismo me gustan otras cosas, del budismo también un poquito, o sea, es como si uno hiciese una especie de supermercado, de eclecticismo en el que "yo estoy abierto a la espiritualidad: espiritualidad sí, religión no". Hemos pasado del "Cristo sí, Iglesia no" a "espiritualidad sí, religión no", es lo que se lleva. Te dicen que aquí lo importante no es con qué vaso bebes, lo importante es que bebas agua; puede ser con un vaso, con otro vaso, incluso de la botella a morro. No importa la religión, lo importante es la espiritualidad, que tú bebas agua, lo demás no importa. Mire usted, Jesucristo no solo es el agua, Jesucristo es el vaso, porque Él nos da los sacramentos y porque Él nos da el camino para llegar al Padre. Es decir, ha acontecido una revelación histórica en la que Dios nos ha mostrado el camino para llegar a Dios. Por lo tanto, no tiene sentido que cada uno pretenda construirse una espiritualidad a su medida, que algunos llaman "fe adulta": hacerte una espiritualidad a tu medida. Lo otro sería tratarnos como a niños: "tienes que cumplir unos mandamientos, tienes que practicar los sacramentos", eso es tratarnos como a niños, hombre. Pero una fe adulta es aquella que va eligiendo un poquito de lo que cree en cada cosa y se va haciendo una espiritualidad a medida de cada uno.

Lo que se lleva es una reedición del gnosticismo en nuestros días: se sustituye o se confunde la oración con la relajación, se sustituye el encuentro con Dios con "encuéntrate contigo mismo", el pecado no existe, todo lo que existe es un desconocimiento. En el fondo, más que creer en Dios se cree en un panteísmo, en un inmanentismo; en vez de Dios se cree en el cosmos, en la energía, en la naturaleza, no

sé en qué se cree. Rezar es respirar, ya ves tú, se cree en la fusión con el absoluto, que nuestras energías se fundan con el universo. Se dice que la verdad está dentro de ti y de que lo que se trata es que tú vayas descubriendo toda la verdad que está dentro de ti, que no es que Dios haya venido desde lo alto a revelarse, no, sino que tú eres la fuente de la verdad y entonces tú lo tienes que descubrir. Esto es el gnosticismo de nuestros días, señores, esto está presente en la cultura, en la cultura actual es lo que hay.

Por eso también este florecimiento entre nosotros, de esas técnicas orientales que de alguna manera están queriendo satisfacer el hambre de Dios que tiene el hombre, pero de esta manera: no abriéndose a la revelación, sino que es como si la revelación no hubiese acontecido en Jesucristo, y entonces yo estoy buscando todas estas técnicas de fusión con el universo. Es como una involución, es como si volviésemos al hombre primitivo, es como si volviésemos antes de la revelación. ¡Óigame usted, estamos volviendo milenios antes de la revelación para que yo me funda con el universo! El hombre primitivo solía decir eso : "En el volcán está Dios"; el hombre primitivo confundía las estrellas y el volcán con Dios. Ahora resulta que el hombre del siglo XXI vuelve a las andadas y se olvida de que Dios se había revelado. ¡Óigame usted! Por eso digo que las herejías no son ninguna nuevas , son reediciones de errores anteriores.

Entonces, frente a este gnosticismo, nosotros tenemos que subrayar la Encarnación: Dios se ha encarnado, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Dios no es etéreo, no es un espíritu, una energía, no; Dios ha tomado la condición humana, es el único mediador para llegar al Padre. Y Jesús ha querido que descubramos a Dios a través de lo concreto, no a través de lo abstracto, sino que vayamos, que descubramos a Dios en lo concreto, en las cosas pequeñas, concretas, que descubramos su rostro en los pobres, en los que sufren, en los ancianos, en los niños, en el prójimo, en el que está al lado mío. Dios quiere que le descubramos desde lo concreto, desde lo próximo no desde lo abstracto y desde lo etéreo. La espiritualidad cristiana no es abstracta como el gnóstico; no, es todo lo contrario.

Conocía una religiosa que era muy graciosa, una vasca, una vasca de pro, que cuando iban a dar charlas muy místicas, decía: "sí, mucha mística, mucha mística, pero aquí a la hora de coger la escoba siempre somos las mismas". Entonces estaba muy bien dicho lo que decía esa mujer, porque la verdadera mística comienza por coger la escoba. La verdad mística comienza por servir, por ir a lo concreto, por ir a la cocina, por coger los últimos puestos de servicio. O sea, la verdadera espiritualidad está encarnada, no es una evasión; es una espiritualidad que se compromete, que va a lo concreto. El cristianismo es antignóstico, o sea, es todo lo contrario de una abstracción: es amar lo concreto, hacer lo que podemos, dar una respuesta a los problemas que estamos viviendo ahora mismo, a los que está viviendo esta sociedad, responder a este momento. Alguno de vosotros me decía, antes de la charla, "hemos conformado una asociación para dar respuesta a esto, a lo otro", responder a las situaciones que tenemos.

Pues bien, creo que es interesante fijarse en esos dos sutiles enemigos de la santidad de los que habla el Papa en esa exhortación sobre la santidad: el pelagianismo y el gnosticismo en sus nuevas versiones, para que no nos dejemos arrastrar por ellos y volvamos a lo esencial, al ABC: a la fe, esperanza y caridad.

A modo de epílogo final, os decía al comienzo que os iba a mostrar mis cartas. Yo quería deciros que “en tiempos recios, amigos fuertes de Dios”. Esta gran crisis es una gran oportunidad para mostrar lo genuino del cristianismo. Pongo algún ejemplo: en el año 68, en mayo del 68, se proclamó el amor libre. Ahora, fíjate, que han pasado 50 años, nos damos cuenta que aquel amor libre ha derivado en un sexo esclavo y que no sabemos amar. ¡Vaya problemón que tenemos, vaya problemón! Cuánto sufrimiento por no saber amar. Todo comenzaba con una bandera libertaria: amor libre. ¡Madre mía, amor libre! Fíjate tú lo que ha pasado 50 años, 60 años después: menuda catástrofe. Cuanta gente sufre porque no sabe amar, porque no es amada, porque es usada, es utilizada. ¡Madre mía! Se enarboló la bandera de la libertad por encima de todo, y hoy en día estamos sometidos a un pensamiento único. ¿Os acordáis cuando reivindicar la objeción de conciencia era progre? ¡por el amor de Dios! Hoy en día reivindicar la objeción de conciencia y van a por ti; y, como te descuides, vas a la cárcel por pretender tener objeción de conciencia frente al pensamiento único. Estamos sometidos a un pensamiento único, a una cultura de la cancelación.

Entonces, uno va viendo el devenir de la historia y dice: ¡Madre mía! Pero esto es una gran oportunidad para mostrar al mundo que solo Cristo nos hace libres, que la verdad nos hace libres y que solo Él nos enseña a amar dando la vida, que hemos nacido para amar, que la vida está para darla, no para conservarla. Unos están muy preocupados en cómo conservo la juventud, en cómo conservo la salud. Mejor preocúpate en cómo emplearla más que cómo conservarla, preocúpate en cómo emplearla, porque va a pasar muy rápido la juventud y va a pasar muy rápido la salud; va a pasar muy rápido, rapidísimo. Preocúpate de cómo emplearla.

Jesucristo nos ha enseñado que la razón de ser de nuestra vida, la razón de ser de la vida, es dar la vida, es darla, es entregarla. Y es una gran revelación para el mundo porque solamente siendo conscientes de que venimos del amor de Dios y que hemos nacido para amar y para dar la vida, solamente así el hombre puede ser feliz y descubre y entiende su vida y es capaz de realizarla. Por eso, os invito a todos vosotros que concluyamos glorificando en ese ABC, al Padre, al Hijo y al Espíritu: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.